

Releyendo a Unamuno

Revisiting Unamuno

Pedro Ribas
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: El artículo vuelve sobre el período socialista de Unamuno y atiende a los artículos que publicó en el periódico socialista de Bilbao, *La Lucha de Clases*. Estos artículos marcan esa etapa, y sin embargo fue otra obra perteneciente a la misma, *En torno al casticismo*, la que ha merecido más atención de la crítica. La labor de Unamuno en *La Lucha de Clases*, que él concibió como de clarificación de lo que es el socialismo, no fue mero ejercicio literario sin entrar en contenidos, sino que fue desbroce de un terreno lleno de malformaciones introducidas de forma fraudulenta.

Palabras clave: Unamuno, pensamiento español contemporáneo, socialismo, recepción del socialismo en España.

Abstract: The article returns to Unamuno's socialist period and focuses on the articles he published in the Bilbao socialist newspaper, *La Lucha de Clases*. These articles mark that period, and yet it was another work belonging to the same period, *En torno al casticismo*, which has deserved more critical attention. Unamuno's work in *La Lucha de Clases*, which he conceived as a clarification of what socialism is, was not merely a literary exercise without going into content, but a clearing up of a terrain full of fraudulently introduced malformations.

Keywords: Unamuno, contemporary Spanish thought, socialism, reception of socialism in Spain.

En vida de Unamuno su figura, su pensamiento, su obra, fue objeto de controversia. Ya antes de llegar a Salamanca como catedrático de griego, en 1891, había tenido sus más y sus menos con los medios intelectuales y políticos de Bilbao, su ciudad natal, especialmente en torno a la lengua vasca, tema sobre el que escribió su tesis doctoral, *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca* (1884). La tesis permaneció inédita hasta 1958, año en que Manuel García Blanco la incluyó en su edición de las obras completas del bilbaíno. El retraso en su publicación es seguramente la razón de que la crítica haya atendido poco a esta obra. Por fin, Jon Juaristi, en su importante libro *El linaje de Aitor* (1987) puso el foco en la tesis, de la que Ereño Altuna hizo una buena edición en 1997. Ya en 1886 Unamuno había publicado artículos, “Del elemento alienígena en el idioma vasco”, por ejemplo, en los que exponía, más explícitamente que en la tesis, su crítica a la defensa poco científica que algunos euscaristas hacían de la lengua vasca. Desde una posición netamente positivista, afirma que las cosas son como son y que en la vida de un organismo, como es para él la lengua, hay leyes que se cumplen independientemente de la voluntad de los individuos. O, dicho de otra manera, el

romanticismo no es método para estudiar las leyes y evolución de la lengua, sino que hace falta para ello acudir a la filología y la lingüística. El Unamuno de los años 80 y primeros 90 del siglo XIX aborda la lengua desde una perspectiva claramente positivista,¹ por más que la aportación romántica al conocimiento de lenguas y tradiciones propias de cada nación sea siempre reconocida por él, hasta el punto de que la lengua es en realidad el hilo en torno al cual gira toda su filosofía.

Salamanca, la vieja ciudad castellana, llena de conventos de todas las órdenes religiosas, contrastaba bastante con la ciudad en la que él había nacido, en la que se había educado y en la que tuvo amigos de infancia y juventud, además de conocer a la que sería después su compañera de vida, Concha Lizarraga, de Guernica. Pero todo esto no impidió que, una vez llegado a Salamanca, fuese encariñándose con la ciudad castellana según pasaban los años. Esta llegada no significó en absoluto recluirse en su asignatura de griego clásico, especialidad sobre la que aportó muy poco en términos filológicos, aunque sí aportó en términos literarios, sobre el teatro, por ejemplo. No hay que olvidar que es traductor de *Medea*, de Séneca, obra que sirvió para inaugurar el Teatro Romano de Mérida en 1933. Antes en 1910, había escrito *Fedra*, adaptación cristiana (poco afortunada en mi opinión) de la obra de Eurípides.

Cierto, Unamuno venía de Bilbao, una ciudad donde se estaba viviendo un desarrollo industrial espectacular, pasando de pequeña ciudad provinciana a concentración de emigrantes de otras provincias vecinas que iban en busca de trabajo en las minas, en la construcción del ensanche o en las navieras. Todo ello originó una gran transformación de Bilbao, con surgimiento de grandes empresas, de nuevos ricos, de hacinamiento de obreros en barracas insalubres, de explotación inicua en las minas y de conversión de la bella ría de Bilbao en una cloaca. Unamuno vivió la transformación urbanística (el *Ensanche*) de Bilbao, siguiendo la espectacular transformación de Barcelona con el plan Cerdá, que llevaba ya años en construcción.

Naturalmente, al llegar Unamuno a la vieja Salamanca, llena de hermosos edificios monumentales, pero entre viviendas de aspecto decadente, y en un entorno campesino, tuvo una primera impresión deprimente, pero enseguida sacó su cuaderno de trabajo y entró en contacto con personas inquietas como él, personas que fundaban periódicos y revistas y que removían la atmósfera intelectual y política de la ciudad. No tardó en conectar con los estudiantes, de los que siempre fue admirado y que le apoyaron en su esfuerzo por renovar la universidad como creadora de cultura.

Su voz fue adquiriendo de día en día resonancia nacional. Como señaló María Zambrano, Unamuno no necesitó salir de Salamanca para convertirse en autor universal. Él, a pulso, ganó esa resonancia para su persona y para la vieja universidad salmantina. Ortega y Gasset le decía que una cabeza como la suya tenía

¹ Véase José Antonio Ereño Altuna (1994). Unamuno, que en su tesis ponía claramente de manifiesto su rechazo de los mitos como explicación histórica y apelaba a las leyes que pueden extraerse del estudio riguroso de la lengua y su evolución, exhibe igual rigor en sus intervenciones en *El Sitio* o en la prensa, matizando siempre que él siente simpatía hacia la cultura y tradiciones vascas, pero subrayando que se trata precisamente de conocerlas y analizarlas científicamente. Escribe, por ejemplo, en *El Noticiero Bilbaíno*, el 14 de abril de 1886: "Lo que atacué y seguiré atacando con dureza fue las patrañas históricas, las leyendas y tradiciones fantásticas, las aberraciones de los neo-euscaristas, ciertas opiniones históricas problemáticas o falsas, como el iberismo, el cantabrismo, etcétera, y esta literatura vascongada en vascuence, fría, falsa, estéril y escrita en un dialecto que sólo sus inventores entienden." Texto incluido por Ereño Altuna (1994, pp. 129-130).

que estar en Madrid, no en una pequeña ciudad como Salamanca, apartada del epicentro cultural. Pero Unamuno no era hombre que necesitara un centro de controversia y tumulto urbano. Le parecía muy bien la ciudad del Tormes, donde empleaba muy poco tiempo para llegar de su casa a la universidad y donde lo tenía también para dar un paseo por la carretera de Zamora. Fue Unamuno el que convirtió su cátedra en un hervidero de inquietudes y el que, nada más llegar a Salamanca, puso en solfa la política de la ciudad criticando, primero, al profesorado estancado en viejas tradiciones y escorado hacia el conservadurismo. Léase la irónica serie de artículos que titula “Un nocedalino desquiciado” en los que ridiculiza al integrista Enrique Gil Robles, catedrático de Derecho, que había pronunciado el discurso inaugural del curso 1891 en la universidad de Salamanca. Es de reseñar el humor incisivo, pero amable, que emplea Unamuno, muy lejos del lenguaje de la ira y hasta del insulto directo que empleará posteriormente, en especial frente al dictador Primo de Rivera.

El joven catedrático Unamuno critica, además, al obispo de Salamanca por enfrentarse a los jesuitas y a éstos por creerse libres de la autoridad del obispo, como critica igualmente al alcalde por formar con el obispo una junta eclesiástico-civil que confunde ambas esferas, la civil y la eclesiástica. Por ello llama irónicamente al alcalde “prelado del municipio” y al obispo “alcalde de la diócesis”. Y, sobre todo, fustiga duramente al obispo Cámara cuando éste actúa de ariete patriotero de las tropas españolas que combaten contra la revolución cubana, la guerra de independencia de la isla, guerra en la que murió el héroe nacional de Cuba, José Martí.²

Poco a poco Unamuno fue labrándose en la prensa un pedestal desde el que habló de los asuntos más diversos, entre ellos el del papel mismo de la prensa. Sobre este tema escribió en el periódico republicano de Salmerón, *La Justicia*, una serie de excelentes artículos. Leídos desde hoy, esa crítica a una prensa que se va convirtiendo en industria, en empresa capitalista, resulta chocante, porque lo difícil ahora mismo es encontrar un periódico o un medio informativo que no dependa de las empresas que pagan anuncios o que consiguen influir en las informaciones que ofrece y en la manera de ofrecerlas. En todo caso, conviene señalar que Unamuno se ganó por sí mismo, por su pluma, la audiencia que tuvo. A diferencia de Ortega, que procedía de una familia burguesa que poseía ella misma una importante tribuna periodística (*El Imparcial*), el bilbaíno tuvo que ganarse, desde Salamanca, ese pedestal que le permitiera llegar a todos los rincones de España. El rectorado de la Universidad de Salamanca, al que ascendió siendo todavía muy joven, reforzó su autoridad intelectual, no sólo en la prensa, sino en diversos foros como ateneos, círculos culturales, asociaciones cívicas, etcétera. Y no sólo llegó con su pluma a todos los rincones de España, sino que a través de su colaboración en la revista madrileña *La Lectura*, entre 1901 y 1906, se convirtió en un hispanista en contacto y diálogo con muchos intelectuales de Hispanoamérica, con los que mantiene una correspondencia que constituye cerca de un 50% de la inmensa cantidad de cartas que escribió y recibió.

² Véase el artículo “Reforma divina”, publicado en *La Lucha de Clases* el 16 de enero de 1897. Lo reproduzco en mi recopilación *Unamuno* (1976, pp. 235-237) y lo cito por extenso en mi libro *Ribas, P.* (2016, pp. 268-270).

De manera que Unamuno, con su propio esfuerzo, fue ganándose un puesto en la república de las letras. Pero conviene resaltar enseguida que esa república es para él una república nada elitista. Nunca concibe él la cultura como cosa de minorías. Su propio ejercicio de escribir en la prensa le ayuda a conseguir ese estilo inimitable de escritor popular. Lo que escribe en periódicos de Bilbao en los años 1893-1894 (*El Nervión, Eco de Bilbao*) le acredita como autor que desarrolla temas de la propia ciudad vizcaína con visión científica y con ideas de alguien que lee a los autores del momento. Como yo empecé a trabajar sobre Unamuno en los años en que Rafael Pérez de la Dehesa dio a conocer los artículos que el vasco había escrito en el periódico socialista de Bilbao *La Lucha de Clases*, quisiera detenerme en estos artículos. Otro día quiero hablar del mismo Pérez de la Dehesa, un autor prematuramente desaparecido e injustamente olvidado, demasiado valioso para estarlo, pero, desgraciadamente, es la suerte de muchos españoles que no figuran en nuestra historia y pasan, a lo más, a lo que Unamuno llamó la intrahistoria.

La colaboración de Unamuno en el semanario socialista de Bilbao marca su etapa socialista, con lo cual no quiero decir que sea una etapa en la que escriba sólo en ese semanario o que se ocupe sólo de temas del socialismo. El período socialista de Unamuno es el periodo en que escribe *En torno al casticismo*, obra que sí mereció mucha atención de la crítica desde la misma época en que apareció como conjunto de artículos de la revista *La España Moderna*. Pero ese ingreso en la agrupación socialista de Bilbao es un dato que sorprendió a muchos cuando Pérez de la Dehesa mostró con toda evidencia que, efectivamente, Unamuno, que tantas veces repitió que él no era hombre de partido y que nunca había pertenecido a uno, se había afiliado al partido obrero. Y la verdad es que llama la atención la firme determinación con la que da ese paso. En la carta de adhesión al partido obrero, la que escribe en octubre de 1894 al director de *La Lucha de Clases*, Valentín Hernández, habla de la necesidad de “romper las telarañas que tienen en la cabeza los obreros intelectuales, que han servido hasta hoy de guardia civil al capitalismo burgués.”³ Y unas semanas más tarde, escribe también al director del semanario socialista de Alicante, *El Grito del Pueblo*, diciendo que en su “vida algo retraída” se dedicaba “a estudiar las cuestiones económicas no como las estudian los más de los burgueses, en busca de una solución que justifique sus privilegios y les aquiete la conciencia, sino por puro amor a la verdad, dispuesto a recibir lo que resultara con lealtad.” Y continúa Unamuno: “De la verdad, de la alta justicia y de la bondad profunda del socialismo, me han convencido, tanto como sus propagandistas y defensores, sus enemigos y los que más le atacan.”⁴

Hay que recordar que el socialismo español tuvo muy pocos intelectuales en sus filas. Unamuno, primer catedrático de universidad que entra en el partido obrero, fue saludado con entusiasmo por los socialistas del entonces pequeño partido español al dar ese paso, que contribuía a mostrar que lo del socialismo no era sólo cosa de desarrapados, sino que intelectuales destacados venían a unirse a los obreros (como se veía en Italia, en Rusia, en Alemania) y que su aportación podía ser clave en la elaboración rigurosa que había de convertir el ideal socialista de emancipación y justicia en una teoría bien fundamentada. A ello se dedicó Unamuno en su colaboración en *La Lucha de Clases*, no en el sentido de dar lecciones precisas

³ Unamuno, en la carta de adhesión al PSOE, reproducida en *La Lucha de Clases* del 21-10-1894, recogida en *Obras completas* Madrid Escelicer, t. IX (1971) p. 478. En adelante citaré esta edición con la sigla UOCE, número de tomo y página.

⁴ UOCE, IX, 480.

sobre lo que el socialismo significa, pero sí en el de desarrollar temas como la moral, la dignidad humana, el cultivo de la belleza, la educación, el darwinismo (atención a su crítica de las falsedades que se difunden a cuenta de Darwin), temas que no solían tratar los obreros porque atendían más a la propia organización obrera y a las cuestiones laborales. Este período de Unamuno es uno de los más fecundos de su biografía, pues, aparte de la intensa colaboración en *La Lucha de Clases* (236 artículos entre 1894 y 1897, más 5 en la revista socialista de los revisionistas alemanes *Sozialistische Monatshefte*), escribe interesantísimos ensayos en *Ciencia Social*, la revista barcelonesa anarquista de Anselmo Lorenzo, y publica, como queda dicho, los 5 ensayos de *En torno al casticismo*. Además, escribe la novela *Nuevo mundo*, que quedó inédita y que ha sido publicada póstumamente. Estamos, por tanto, en un período de los más fecundos de la vida de Unamuno, que está ensayando diversos estilos, ya que la novela que sí publicó en 1897, *Paz en la guerra*, es *ovípara* y de estructura histórica, tirando a realista, producto de 9 años de elaboración. En *Paz en la guerra* el protagonista es el pueblo vasco sobre el fondo de la guerra entre carlistas y liberales, mientras que *Nuevo mundo* es novela *vivípara*, donde el protagonista es un individuo que intenta expresar su vida íntima, sus pasiones, su alma inquieta. El de *Nuevo mundo* será, después de *Paz en la guerra*, el tipo de novela que cultivará Unamuno, dejando atrás el realismo galdosiano.

En los primeros artículos que escribe en *La Lucha de Clases* acentúa Unamuno el carácter científico del socialismo. Entre los socialistas españoles, desde José Mesa hasta Jaime Vera, flotaba la idea, muy de Lafargue, de que el socialismo, el de Marx, a diferencia del propagado por Saint Simon, Cabet o Fourier, no era utópico, sino científico. Lafargue había traducido al francés y publicado en 1880 tres capítulos del *Anti-Dühring* de Engels con el título *Socialisme utopique et socialisme scientifique*, folleto que fue vertido al español en 1886 y que fue para los primeros socialistas españoles una especie de catecismo socialista junto al *Manifiesto comunista*. Probablemente Unamuno se hace eco de ese escrito de Engels-Lafargue, que había sido traducido por Antonio Atienza, y sospecho que Unamuno, en esos primeros artículos de *La Lucha de Clases*, se apoya en Spencer y Ferri, más que en autores españoles, pero sabemos que era lector del órgano que podemos llamar oficial, el semanario *El Socialista*, que se publicaba en Madrid desde 1886 y que ofrecía alguna información del socialismo internacional, sobre todo del francés, y sabemos también que leía prensa obrera internacional.

Tras sus primeros artículos en *La Lucha de Clases*, Unamuno, que no firmaba sus colaboraciones, práctica que seguían normalmente los socialistas, no acentúa en absoluto este carácter “científico” del socialismo, carácter que para él más bien va asociado a dogmatismo. En cambio, lo que va señalando cada vez más, como anotó muy oportunamente Pérez de la Dehesa, es el paralelismo entre, por un lado, la fraternidad y falta de dogmas de los primeros cristianos y, por otro, la justicia y fraternidad predicada por los socialistas. De manera que el acercamiento de Unamuno al socialismo y su acercamiento o recuperación de la fe cristiana son procesos convergentes. Unamuno ve compatible el catolicismo popular español y el socialismo, lo que me parece una idea muy original y muy fecunda, pues ocurre con mucha frecuencia que se vincule socialismo con materialismo o con ateísmo y anticlericalismo. Anticlerical lo es desde luego Unamuno, pero de ninguna manera ateo. Es un tema para “tesina”, como diría Sacristán, pues tampoco su anticlericalismo se parece al de los que más

alardean de anticlericales, ya que el suyo no tiene que ver con el clero en general, sino con la Iglesia católica como institución y con el clero que no sea crítico con la rutina y dogmatismo de la jerarquía eclesiástica. Unamuno tuvo amigos, como Joan Maragall, que eran católicos sinceros, pero muy críticos con el inmovilismo conservador de esa jerarquía eclesiástica, normalmente aliada política de la burguesía. El cura protagonista de *San Manuel Bueno, mártir* puede muy bien encarnar el problema religioso de Unamuno o su sentimiento trágico, representando en forma novelada la distancia, respecto de la jerarquía católica, con que ese párroco de aldea castellana vive su drama. Unamuno nunca tuvo comprensión para el materialismo. Quien no sienta el drama de la finitud, quien no sufra anhelando ser *más*, ser *siempre*, es un corcho flotando en medio de la vida.⁵ Cuando el gobierno de Antonio Maura hizo fusilar, en 1909, a Ferrer Guardia, el maestro laico fundador de la *Escuela Nueva*, Unamuno mostró su hostilidad al maestro y a su enseñanza laica, sin religión, y la mostró en público y en privado, lo que representa, juntamente con su adhesión al golpe de Estado de los generales en 1936, uno de los episodios menos gloriosos de su ejemplar biografía. Su hostilidad al laicismo de Azaña es otra muestra de un rechazo sin paliativos a toda política que margine la religión.

Pero, volviendo al socialismo de Unamuno, conviene recordar que él advierte de las deformaciones que se están publicando sobre él, ya sea considerándolo enemigo de la democracia, como promotor de la comunidad de mujeres o como introductor de la tiranía y del sojuzgamiento de la persona individual. Cuando él escribía textos como el citado, que “de la verdad, de la alta justicia y de la bondad profunda del socialismo, me han convencido, tanto como sus propagandistas y defensores, sus enemigos y los que más le atacan”, estaba aludiendo a la proliferación de libros y folletos en los que se ridiculizaba el socialismo como un desvarío mental, como una utopía irrealizable, opuesta a la naturaleza humana, como una propuesta que conducía a poner en manos del Estado todos los asuntos individuales, ya fuese el matrimonio y cuidado de los niños, la economía, la profesión, etcétera. Según esos ataques al socialismo, que normalmente pretendían refutar a Cabet, Saint Simon o Proudhon, el socialismo significaba volver a la reglamentación de la vida conventual, vivir a toque de campana.

La expresión, “a toque de campana”, la usa Unamuno en el artículo “Después de la victoria del socialismo”⁶ aludiendo a la obra del publicista y político liberal alemán Eugen Richter, que obtuvo un éxito considerable con la obra *Adonde conduce el socialismo (diario de un obrero)*. El libro (versión de *Sozialdemokratische Zukunftsbilder*, Berlín, 1890) fue traducido en 1892 por Manuel Mariátegui y Vinyals, conde San Bernardo (1842-1895), quien avisa en el prólogo de los peligros que representa el socialismo y añade: “Creemos coadyuvar en algo a la defensa social que ya se impone, en beneficio especialmente de las clases trabajadoras, dando a conocer este estudio en castellano por medio de una edición que se reparte gratuitamente en los grandes centros de obreros, con objeto de llamar su atención

⁵ Ya en sus escritos de juventud subraya especialmente su afán de saber, acentuando, como hará sobremanera en adelante, que lo humano, lo que define al hombre, es el querer. Así lo señala en el Cuaderno *Entre Madrid y Bilbao*, de 1890: “¡Saber, saber mucho, saber más, cada vez más! Este ha sido mi sueño, éste es todavía. Pero ¿qué me dará tanto saber? ¡No! Querer, querer mucho, querer más, cada vez más y saber lo que se quiere. La ciencia más grande es la del querer y sabe más quien mejor sabe querer.” Cuad 3/25, pp. 4-5. Lo publica Rivero Gómez en Miguel de Unamuno (2016).

⁶ *La Lucha de Clases*, 1-08-1896, UOCE IX, 637.

hacia el engaño a que inconscientemente son conducidos” (p. 6). El libro⁷ es una parodia del socialismo. Fingiendo, a través de personajes individuales y familias enteras, las desgracias, ruina, y desvaríos de toda clase que caerían sobre la sociedad entera de realizarse el programa socialista, traza un cuadro sombrío y despiadado de la supuesta sociedad socialista. Pinta toda una antítesis de lo que decía Bebel en *La mujer y el socialismo*. Con su distopía construye Richter un relato cuidadosamente elaborado, pero partiendo de los más vulgares prejuicios que la burguesía había puesto en circulación sobre el socialismo. El texto no sólo alude a los socialistas utópicos, sino que menciona varias veces a Bebel y su exitosa obra *La mujer y el socialismo*, pero, curiosamente, no menciona a Marx ni una sola vez y sólo en una ocasión nombra a Engels. Estos datos ya bastarían para mostrar que no se trata de un “estudio”, como dice el conde de San Bernardo. Unamuno lo llama, más acertadamente, “novela” y lo califica “de mala fe y de mentira”. Y continúa:

Para propagarla se cuenta con la ignorancia general respecto a lo que el Socialismo sea (...). El libro de Richter es un libro infame, de mentira. Ya lo había imitado aquí don Nilo María Fabra, que lo mismo entiende de Socialismo que de astrología. Le ayudan Castelar, Echegaray, el P. Vicent y otros que acostumbran escribir de lo que no conocen (Ibid.).

Vale la pena detenerse en lo que escribe Unamuno, pues indica que su labor en *La Lucha de Clases*, que él concibe como de clarificación de lo que es el socialismo, no es mero ejercicio literario sin entrar en contenidos, sino que es desbroce de un terreno lleno de malformaciones introducidas de forma fraudulenta. No voy a detenerme ahora en la figura y la obra de Richter, tema del que pienso ocuparme en otra ocasión, pues me parece digno de investigarse lo que dice el traductor, el conde de San Bernardo, que la “edición se reparte gratuitamente en los grandes centros de obreros.” Sí me detendré brevemente en *El problema social*, la obra de Nilo María Fabra, prologada extensamente por Emilio Castelar.⁸

El prólogo de Emilio Castelar es toda una andanada contra el socialismo como enemigo de la libertad y promotor de la tiranía del Estado. Para don Emilio el socialismo arranca de tiempos muy antiguos: escuelas pitagóricas, Platón, grupos cristianos primitivos, los utopistas Moro y Campanella, los modernos Saint Simon, Cabet y otros socialistas, los cuales han venido a tratar las relaciones entre capital y trabajo “no para fundarlas en leyes del derecho, sino en las leyes artificiales del Estado que, cuando se oponen a la naturaleza humana, cuya característica es la libertad, han de dar por resultado inevitable, fatal, lo arbitrario y lo absurdo, generadores de toda tiranía. Este es el sentido general de la palabra socialismo” (p. 8). Con su típica retórica de tribuno político, Castelar opone el socialismo a la libertad, a la democracia, a la propiedad privada, que para él es un derecho natural,

⁷ El libro no indica el título alemán del que se traduce. La versión francesa, de la que probablemente se vierte al español, ya había aparecido. Sí que se indica que es traducción de la 225 edición alemana, pero es un dato que no he podido comprobar y que me resulta difícil de creer. Que la distopía de Richter tuvo mucho éxito, eso sí está comprobado.

⁸ Nilo María Fabra, *El problema social*. Prólogo de Emilio Castelar, Madrid, 2ª edición, 1892. La primera edición es de 1890. Tomo el texto de la segunda, que se encuentra en línea en la Biblioteca Nacional, dentro de la Biblioteca Hispánica. Hablando de Castelar escribe Unamuno en el artículo “Ricos y pobres”, de 1894: “Ahí está el gran tribuno, que en tratando de socialismo hace gala de la más absoluta, la más crasa, la más disparatada ignorancia.” Recogido por mí en Unamuno (1976, p. 105).

posición en la que coincide con la Iglesia, con los integristas y con los socialistas utópicos.

Así, del seno de todo socialismo ha salido el poder fuerte y la libertad muerta. Esto sucede siempre en la historia. Catilina precede a César, Babeuf a Napoleón I, Proudhon a Napoleón III. El golpe de Estado fue para muchos socialistas el triunfo de la revolución social. Así llamáis a la libertad egoísta, a la libertad estéril; queréis, pues, que el Estado resuelva las crisis industriales. Para que el Estado resuelva las crisis industriales, necesita ser industrial él mismo. Para ser industrial, necesita dinero, mucho dinero. Para tener dinero, necesita impuesto crecido, muy crecido. Para tener impuesto muy crecido, ¿a quién necesita apurar? Al pobre (p.13).

Estos eslóganes son ya viejos, pero se siguen oyendo literalmente hoy. Centrándonos en Castelar, lo que encontramos es un canto a la democracia americana, a la organización social de Estados Unidos:

Allí el pensamiento es libre; la conciencia vuela a lo infinito sin que ninguna fuerza la oprima; el propietario tiene su propiedad y el trabajador su trabajo; la asociación perfora las montañas, doma los ríos, extiende el hilo telegráfico por el aire, el rail por el suelo; la enseñanza funda sus escuelas libres; el jurado corona con las ideas de justicia al individuo; (...) es el país de la virtud y del trabajo, porque es el país de la libertad (pp.15-16) ... Mirad lo que ha hecho el trabajador libre de las ásperas selvas del Norte de América. Un paraíso. Mirad lo que ha hecho el trabajador esclavo, el trabajador mahometano de las más hermosas regiones de la tierra del Bósforo, del Norte de África, de las islas griegas, Un desierto. ¡Oh libertad! (p. 68).

En este prólogo de Castelar hallamos las tesis según las cuales el socialismo es la negación de la propiedad privada, la vuelta al antiguo absolutismo, la negación de la libertad, de manera que la democracia es incompatible con el socialismo. El error de éste consiste en confundir la sociedad con el Estado, el cual no va a resolver el problema social. Lo resolverá la moral, la ciencia, el trabajo, la industria. De ahí que el modelo de organización social sean los Estados Unidos. Para Castelar no parece tener importancia que buena parte de esa prosperidad, de ese “paraíso” del Norte de América, provenga justamente del trabajo de esclavos. Y llama la atención que el trabajador esclavo sea el mahometano de África. ¿Acaso es la tierra la que hace esclavos o libres a los hombres? Pero los puntos fundamentales del relato que ofrece Castelar, que es bastante desordenado, consiste en afirmar que el socialismo coarta la libertad, que impide la concurrencia, que hace retroceder la sociedad a los tiempos antiguos en que el Estado reglamentaba la economía. El socialismo “se resuelve en el comunismo. El error comunista le sirve casi siempre de base. Y el comunismo es el eterno principio reaccionario de la historia.” (p 51) Como se ve, las sentencias sobre socialismo y comunismo se suceden, pero la argumentación está construida sobre un hilo de carácter retórico, no sobre un análisis histórico, sociológico, económico o antropológico. Más bien se puede decir que todos estos aspectos aparecen en revoltijo en el prólogo del gran orador que era Castelar, que maneja hábilmente la retórica para dar vueltas sobre propiedad, libertad, concurrencia, absolutismo, reacción. Su conclusión es que el socialismo es la plaga de nuestro tiempo.

¿Conocía don Emilio el socialismo de Marx? A juzgar por este prólogo, el nombre de Marx va asociado al colectivismo, pues la única vez que lo menciona lo hace vinculándolo con “Bakounine”⁹ y con el principio colectivista:

⁹ En la prensa de la época se encuentra con frecuencia a Bakunin escrito así, Bakounine, señal de que la información es de procedencia francesa.

El mir eslavo de Bakounine, así como el principio colectivista de Marx, así como el socialismo de la cátedra, hoy tan en boga, se resuelven todos, sin excepción, en la primera comunidad indistinta e indefinible de las sociedades primitivas (p. 80).

No hay más menciones de Marx en el texto de Castelar. Como la mayoría de autores que escriben sobre socialismo en el siglo XIX, apenas se refiere a Marx y maneja una gran cantidad de lugares comunes que se repiten de unos a otros. Del texto de Fabra dice Castelar que es la más feliz refutación que conoce “de todos los desvariados ensueños comunistas” (p. 80). Si es así, quiere decirse que Castelar no exigía mucho rigor en las refutaciones, porque el texto de Nilo María Fabra pretende ridiculizar las propuestas de Cabet y Saint Simon sin entrar en ningún momento a analizar en detalle tales propuestas. Su crítica es esperpéntica, efecto quizá intencionado, imitando a Richter, a fin de ridiculizar el socialismo, pero esa crítica resulta mucho menos elaborada que la de Richter, aunque sirviéndose de la técnica difamatoria del autor alemán. En definitiva, lo que el lector español encontrará a faltar en *El problema social*, de Fabra, es una exposición del socialismo en la que al menos pueda vislumbrarse cómo se deriva de ella la crítica esperpéntica que él realiza. Seguramente, la falta de concreción a la que aludo se debe a que se habla del socialismo como producto de ideas elaboradas fuera del contexto español, con lo que esas elaboraciones carecen de raíces en nuestro propio suelo y resultan como traídas con calzador. También es posible que las deformaciones que circulaban en la prensa sean el punto de partida de refutaciones del socialismo como la de Fabra, deformaciones que, por ser habituales, no se consideran necesitadas de más aclaración. Véase, como ejemplo de deformación de los resultados a que conduce el reducir la jornada de 12 horas a 8 horas lo que escribe Fabra en las páginas 105-111 de *El problema social*. Sobre el “amor libre” y el matrimonio escribe en las páginas 138-139 cosas delirantes, como las que criticaba ya Marx en *El Manifiesto Comunista* en 1847. No es, pues, extraño que Unamuno descalifique tanto al prologuista como al autor de *El problema social*. Esta crítica mostraba a los lectores de *La Lucha de Clases* la necesidad de estar precavidos ante las mentiras, deformaciones y falsedades que se difundían contra el socialismo. Incluso en una carta a su madre, que probablemente Unamuno no llegó a enviar, la previene de “la idea totalmente equivocada y falsa que estoy seguro tienes de las doctrinas que hace tiempo profeso y que por último he declarado en la carta a la que aludes.”¹⁰ Su madre era una mujer católica piadosa, de educación jesuítica, opuesta frontalmente al carácter revolucionario del partido obrero, por el que sentía horror.

Unamuno no sólo nombra a Emilio Castelar y Nilo María Fabra como autores que “lo mismo entienden de socialismo que de astrología”,¹¹ sino que menciona también a Echegaray y al P. Vicent. De Echegaray ignoro a qué escritos se refiere. Del P. Vicent S. J. se refiere sin duda a *Socialismo y anarquismo*. Este libro, del que se publica la segunda edición “barata” en 1895,¹² recibe un inmenso aplauso de obispos españoles y de publicistas neocatólicos e integristas como Ortí y Lara o Salvá y Salvany. El P. Vicent manejó con maestría las tribunas católicas de todo el país para dar difusión a su libro, que se presenta como comentario y explicación popular de la

¹⁰ Miguel de Unamuno (2018, p. 483). “La carta a la que aludes” se refiere a la enviada por Unamuno al director de *La Lucha de Clases*, el 21 de octubre de 1894, en la que Unamuno se adhiere al socialismo.

¹¹ Unamuno OCE, IX, p. 636

¹² La primera es de 1893.

doctrina contenida en la encíclica del papa León XIII *Rerum Novarum* acerca de la condición de los trabajadores y de sus derechos y deberes en el mundo moderno. El P. Vicent, siguiendo una encíclica llena de recelo hacia el socialismo, aumenta, si cabe, ese recelo en su comentario, pretendiendo poner de relieve la gravedad de la cuestión social, la cual es un fenómeno nuevo, ya que siempre hubo ricos y pobres, pero los pobres se consolaban antes pensando en la suerte que les esperaba en el paraíso futuro¹³, mientras que ahora se rebelan, protestan, son socialistas, son revolucionarios. ¿A qué se debe esto? Según el P. Vicent, se debe a que el “engendro satánico” de la Revolución Francesa, ha traído el materialismo, la separación de Iglesia y Estado, la expropiación de los bienes eclesiásticos y como resultado de todo ello, ha sobrevenido la pérdida de fe los obreros seducidos por la propaganda socialista y anarquista. Ha sido el liberalismo el que ha arrancado a los obreros de la Iglesia y ha preparado el terreno al socialismo al proclamar la libertad de prensa, de cultos, de enseñanza, cosas todas que la Iglesia reprueba.¹⁴

El libro del P. Vicent suena tan desfasado como la encíclica misma en torno a los movimientos sociales, como si la Revolución Francesa, ocurrida más de cien años antes de su publicación, fuese el motor de cuanto se mueve en el mundo social y político del momento. Y lo que examina en torno al socialismo rara vez atañe a autores y situaciones que se desenvuelvan en suelo español, sino en suelo de fuera de España:

Con las ilusiones engañosas de Robespierre, Babeuf, Saint-Simon, Fourier y Luis Blanc, Mazzini y Marx, jamás fuisteis a ninguna parte, pobres trabajadores, cuando no fuisteis como ovejas al matadero. Las invenciones de Schultze y Lasalle os llevaron al desengaño y la bancarrota. El liberalismo democrático os dice que os las compongáis como podáis: el conservador, más franco, os declara que para vuestro mal no tiene remedio.

Con el sistema de C. Marx y la Commune, o corréis a la muerte o a un desengaño más terrible que los pasados; porque se remediarán unos cuantos, pero quedarán desheredados y dispuestos a tomar el desquite los despojados, del tercer estado, más los sobrantes del cuarto, que formarán el quinto, y luego el sexto y después el séptimo estado (p. 168).

Unamuno comentó también *La tyrannie socialiste*, de Yves Guyot (1843-1928). Este autor francés, periodista y político republicano, muy polémico con el socialismo, alude a éste como un paso atrás en las libertades individuales y en general en los progresos jurídicos y morales que la evolución histórica de la humanidad conlleva. *La tyrannie socialiste* se publicó en 1893, por lo que puede decirse que Unamuno está al tanto de bibliografía reciente. Es probable que leyera a este autor justamente para conocer lo que dicen del socialismo quienes lo atacan en el terreno económico y político. La acusación central de Guyot al socialismo se refiere, como ocurre en tantos

¹³ “Hubo un tiempo en el que los pobres, los obreros, los jornaleros y desgraciados según el mundo, tenían también sus bienes, su parte de herencia aquí en el suelo; esta parte consistía en el tesoro de todos los Santos de la Iglesia, en la esperanza de una feliz inmortalidad, y esta esperanza les bastaba para soportar con alegría, o a lo menos con tranquila y apacible resignación, todos los trabajos y privaciones de esta miserable vida. Es verdad que los pobres jornaleros servían y trabajaban para sus amos lo mismo que los de hoy, pero se consolaban con la esperanza de que sus penas terminarían un día, al trocar los pesares de la tierra por las delicias del cielo; sufrían en medio de sus trabajos y gemían entre sus aflicciones, pero con la paciencia y con la resignación aumentaban el caudal de sus méritos.” Antonio Vicent (1895, p. 45).

¹⁴ Vicent (1895, p. 51).

otros autores opuestos a él, al papel del Estado como regulador del trabajo, de la riqueza, de la cultura y otras actividades consideradas propias de la iniciativa individual, y, por tanto, como actividades en las que el Estado no debe inmiscuirse. “El principio director del socialismo consiste en sustituir el contrato por el Estado”¹⁵:

Con una contradicción flagrante vosotros [los socialistas] pretendéis serviros de estas libertades que reclamáis, no para pedir derechos personales aún no reconocidos, el pleno ejercicio de la libertad de trabajo, sino para reclamar que el Estado sea el regulador único del movimiento económico en cada nación. Si contestáis que vuestra organización social, que implica la supresión de la decisión personal, la sustitución del contrato por el Estado, no es una regresión, entonces decidme por qué consideraréis un progreso la libertad política y religiosa. (...) Desde el punto de vista político queréis ser hombres; desde el punto de vista económico queréis ser autómatas (Guyot, 1893, pp. 30-31).

Guyot es todo un ejemplo de las acusaciones y proyecciones que se hacían al socialismo, no desde la religión sino especialmente desde consideraciones económicas. Desde éstas se tachaba al socialismo, sobre todo al socialismo alemán, de estatista y, por tanto, de opresor del individuo. Guyot percibe claramente que, a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, es el partido socialista alemán el que, gracias a su organización y a haber derrotado a Bismark, sirve de guía al movimiento socialista de los otros países europeos. Y la verdad es que la escasa simpatía con que Unamuno contempla esa organización alemana, por disciplinada, tiene algún paralelo con lo que dice de ella Guyot. Pero en definitiva, Unamuno rechaza, frente a Guyot, que el socialismo tenga que ver con tiranía, ni económica ni social. Al contrario, echando mano de conceptos extraídos de la biología de la época, los usa para mostrar la fuerza de la solidaridad, fuerza capaz de convertir a los débiles individuales en colectividad potente por su unión solidaria. Contra el darwinismo social usado por la burguesía para hablar de hombres superiores, que merecen el privilegio de que disfrutan, y de hombres inferiores por su mera condición biológica, Unamuno propone el socialismo como sociedad de hombres honrados, respetuosos de la dignidad humana, solidarios y practicantes de la fraternidad universal:

Hubo una época en que reinaron los hombre más brutos y sanguinarios, allá en los albores de la humanidad; otra de los más belicosos y duros; otra de los más astutos y corrompidos; la ha habido de los más inteligentes. Se acerca la edad de los hombres honrados, la edad en la que se acomoden mejor al medio los que posean cualidades morales superiores, verdaderas cualidades morales. Y el fondo, la base, la raíz y la fuente de estas cualidades es el sentimiento vivo de la solidaridad humana, es el sentimiento de justicia, es el respeto y amor al hombre, a todo hombre, es la convicción profunda de que son insignificantes las diferencias de individuo a individuo, es sentir en lo más íntimo del corazón el verdadero amor a la humanidad y comprender con lo más íntimo de la mente que sólo en una verdadera sociedad, en una comunidad armónicamente organizada puede desenvolverse en su mayor plenitud el individuo.¹⁶

¹⁵ Yves Guyot (1893, p. 15).

¹⁶ Unamuno, “La adaptación al medio”, *La Lucha de Clases*, 3-03-1895; recogido por mí en Unamuno (1976, p. 126). Este artículo, como otros que escribe Unamuno por la misma época, muestra su lectura kropotkiniana de Darwin, la de la solidaridad y el apoyo mutuo. frente a la lectura burguesa que ve en la desigualdad social el triunfo de los fuertes. En realidad la lectura, en términos sociales, del darwinismo es la que predominó entre los socialistas, empezando por Kautsky, quien, a pesar de deber mucho al darwinismo social y a cierto determinismo biológico, considera que el socialismo, como teoría social, augura un porvenir

En estas afirmaciones se observa como usa ideas evolucionistas en favor de un socialismo que recalca los aspectos morales, que quiere unir la moral a la economía y se resiste a considerar ésta como mero cálculo de ganancias. Este Unamuno interesado por el socialismo, al que aportó su saber y su valiosa orientación moral, merece un aprecio que no siempre se reconoce. Quizá la crítica actual está excesivamente centrada en aspectos mediáticos de la biografía del bilbaíno, aspectos que algunos se empeñan en airear, como si el único Unamuno digno de recordarse fuese el del 12 de octubre. Es cierto que episodios como los del Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el “Día de la Raza”, se prestan a ser objeto de los medios por su teatralidad, teatralidad más basada en un escenario ficticio que en documentación histórica, ya que no existe copia ninguna de lo que dijo Unamuno en el Paraninfo. La película de Amenábar, *Mientras dure la guerra*, me parece una excelente escenificación del Unamuno y la Salamanca de aquellos días. El cine, manejado por un gran director, produce películas capaces de condensar en poco más de una hora una situación de implicaciones decisivas para la historia de la España actual. Pero últimamente da la impresión de que algunos se apuntan a convertir al Unamuno de aquellos días en el compendio de toda su vida, de toda su obra y de todo su pensamiento. El asunto tiene mucho tirón mediático. Los libros sobre el Unamuno del 12 de octubre de 1936 proliferan tentando incluso a los que presumen de trabajar seriamente sobre la obra del vasco, pero creo que la labor que hace falta en el estudio de Unamuno no va por ahí.

Bibliografía:

Ereño Altuna, J. A. (1994). “Remitidos polémicos. A propósito de la conferencia de Unamuno en *El Sitio*, el año 1886, ‘Orígenes de la raza vasca’”, *Letras de Deusto*, vol. 24, núm. 65.

Guyot, I. (1893). *La tyrannie socialiste*, París, C. de la Grave.

Ribas, P. (2016). *Unamuno. El vasco universal*, Madrid, Endymion.

Unamuno, M. de (1976). *Escritos socialistas. Artículos inéditos sobre el socialismo (1894-1922)*. Edición a cargo de Pedro Ribas, Madrid, Ayuso.

-- (2016). *Cuadernos de juventud*, Introducción, edición y notas de Miguel Ángel Rivero Gómez, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.:

-- (2018). *Epistolario I (1880-1899)*, Edición de Jean-Claude y Colette Rabaté, Salamanca, Universidad de Salamanca.

Vicent, A. (1895). *Socialismo y anarquismo*, Valencia, José Ortega.

venturoso a la humanidad gracias a la solidaridad entre los desheredados, que son débiles dentro de la sociedad de clases, pero fuertes y superiores por su número y su defensa de la dignidad humana.